

JUANAN Y MARIAN

Mertxe Carneiro Bello

A Juan-Antonio Jiménez y Marian Suárez, desde el centro de cualquier mapa

Son jóvenes. Son hermosos. Son inteligentes. Están, por si algo les faltara, enamorados. Pero no enamorados según los esquemas tradicionales. No, no es eso. Ellos están enamorados metabólicamente. O metabiosísticamente. Por ahí va la cosa. Vengo a decir que lo suyo es pura proteína enamorada. Mirándolos se olvida el ajado y maloliente paisaje urbano y se sueña con esas flores abriéndose cada primavera, pujantes y lozanas, por los viejos campos de la vida. Mirándolos se comprende que la vida es su pasión y que, sin duda alguna por eso mismo, la vida, agradecida y emocionada, como diría Lina Morgan, les corresponde con idéntica intensidad. Vean ustedes: a tal punto llega el asunto que podría decirse que ellos y la vida forman un espléndido *ménage à trois*, todo el día metidos en cucamonas y carantoñas, todo el día enredados en un ajeteo de caricias sutiles, vaporosas, delicadas, fugitivas... Mirándolos, las cancelas del Paraíso se perciben cercanas y practicables. Mirándolos, a una se le cae una baba reminiscente que "paqué".

Marian tiene los ojos de un increíble color azul. Juro que no he visto ojos como los suyos.

En astronomía se dice que el azul es el color de las estrellas calientes que se están acercando. Pues bien, así son los ojos de esta moza: de alta temperatura y espectro en corrimiento acelerado hacia el azul. Deslumbrantes. Magníficos. Creo que de ese tono debió de vestirse el cielo tras el primer amanecer sobre la tierra libre del azote de las glaciaciones. De haberlos tenido delante, Galileo Galilei se hubiera quedado de una pieza y, conociendo el percal, su obra sería hoy consecuentemente monotemática. *"Mide lo que se pueda medir, y lo que no se pueda medir, hazlo medible"*, acostumbra a decir el hombre. Pues, nada, que se hubiera dedicado al estudio de ese par de cuerpos celestes que Marian tiene por ojos. Todo el día mide que te mide su color y temperatura. Toda la noche mide que te mide su magnitud y cosas así. No le hubiera quedado ni un segundo para desarrollar el telescopio, descubrir las leyes del movimiento pendular, los cua-

tro satélites mayores de Júpiter y las fases de Venus. ¿Observar la Vía Láctea y los cráteres de la Luna? No, gracias, que siga Kepler. ¿Dar la tabarra a las autoridades eclesiásticas con el rollo de que Aristóteles era un antiguo y tenía el cielo hecho un cajón de sastre? ¡Por favor! ¡Que la Tierra siguiese siendo el eje del universo! ¡Allá Roma con sus historias para no dormir! El escribiría su *Mensajero de los astros* con los dos únicos descubrimientos que le molaban: los ojos de Marian.

¡Y a la porra con la revolución científica!

Los ojos de Juanan, en cambio, son irrefutablemente terrenos. Como más de andar por casa. Pero, cuidado, mucho cuidado con ellos, porque también se las traen... A mí me recuerdan esa sombra que hacia mediodía desciende de los castaños como un maná de besos densos y dorados que buscaran alimentar los labios de la hierba. Si te miran, si esos redondos ojos de leñoso brillo se posan en tus ojos, es inevitable que te inunde una paz de menta-poleo. En esos momentos, se tiene la certeza de estar ante un ser de alma tersa y blanca. Un ser amable y bueno. Un ser que se entrega sin condiciones a condición de no ser manchado por engaños y dobleces. Como a todos los espíritus pulcros, a Juanan le gusta presumir de manchas. Entonces va y larga que ha tenido un "pasado revolucionario". Suele contar que, cuando era joven (¡y el angelito aún no ha cumplido los treinta!), era un rebelde entre los rebeldes. Un anticonformista. Un antisistema. Un antitodo que, entre otras estrategias, iba por ahí vestido de no se sabe muy bien qué para mejor patentizar su rechazo del asqueroso mundo de la globalización que, por esas fechas, aún no se llamaba así, es más, ni siquiera se llamaba de ninguna manera. Se sabía que era un tiburoneo de la economía a nivel internacional. Y ya está. O sea, lo de siempre. Seguramente, de aquellos amotinadísimos días le ha quedado el gesto expectante, la mirada directa, el oído abierto... Y la risa estentórea, que viene a representar algo así como el último cañonazo al que no renuncia. Claro que es un cañonazo simbólico, una protesta figura-

da, un corte de mangas testimonial... Un fragor en el que se desdibujan lentamente los orígenes. Para que se hagan una idea: el río, y los tabiques se tambalean, los sismógrafos no dan abasto y en el Meteosat lo vientos se desmandan. Pero la verdad es que no hay risa más preñada de nobleza. No existe ruido más cálido. No se conoce un estruendo más tranquilizador. Atrévanse a ganársela.



A Juanan le gusta escribir poesía sin corsé. Eso que técnicamente se denomina verso libre pero que es, en la práctica, verso al aire de cada quien. Las reglas asfixiantes de rima, acento y medida no van con él. Él sabe que los sentimientos vestidos de domingo pierden sustancia, naturalidad, enjundia. A él le va el sentimiento fluyendo suave o desbordándose salvaje por las estrofas, libre como el agua de la lluvia por los bancales. También le gusta tocar la guitarra. Y le gusta leer, aunque ya no lee tanto como antes Y, si hay que decirlo todo, tampoco escribe tanto como antes, ni toca tanto como antes. Nada es ya como antes, porque el tiempo se le ha echado encima, y debe atender a algo tan primordial como ganarse el pan y demás cosuelas igualmente acuciantes. Sin embargo, sabe robarle parcelillas al tiempo tirano. Para estudiar francés, ya que trabaja en Saint-Jean-de-Luz, y quiere entender –y comprender, sobre todo, comprender– lo que dicen a su alrededor. Y para ayudar a gente atrapada en turbios y

enrevesados sueños: esos desgraciados que no aciertan a recuperar los caminos del arco iris, porque la droga se los ciega. Al contrario que el pesimista Voltaire, Juanan no se limita a su jardín sino que se mete a cultivar el jardín de todo el que se le pone por delante, y, muy particularmente, el jardín de sus amigos. Entra en sus vidas, a veces invitado y otras veces en plan furtivo. Entra para remover la tierra, oxigenarla, sembrarla y vigilarla... No para el tío hasta que ha cumplido con su laboreo. Por eso, de vez en cuando, da esquinazo a su novia, a su familia y al lucero del alba si se terciá (entendiendo por lucero del alba a la mismísima profesora de francés, *voyons!*, ¡la que esto escribe!). Y cuando a todas esas mosqueadísimas entidades se les ocurre reprocharle el plantón, él, sinceramente sorprendido primero y acto seguido profundamente herido en su dignidad, se arranca con argumentos absolutamente inaccesibles para un simple mortal. Doy fe.

Marian también escribe. A duras penas y a la fuerza, es cierto, pero también escribe. En francés, a duras penas y a la fuerza, insisto. Y no porque no sepa francés, qué va, es que le da reparo hablar de sus entretelas ya sea en francés o en mozárabe. Proclamo que es un caso de "contaminación profesional". Se lo he dicho. Se lo digo constantemente por activa, pasiva y pronominal: *"Hija mía, esa anemia literaria que te aqueja es consecuencia directa de tu licenciatura en derecho, que ya se sabe cómo sois los del ropón"*. No obstante, hay que reconocer que hasta el instituto ella no era así. *In illo tempore*, cada una de sus composiciones rondaba la extensión de los galdosianos "Episodios nacionales". ¿Me creerán si les digo que su cuaderno de redacción llevaba un tacómetro incorporado y todo? Ahora, en cambio... Lo más penoso es el estilo de sus composiciones, tan preocupantemente jurídico. Uno de estos días, lo veo venir, escribirá (traduzco del francés) de esta guisa: *En la ciudad de R..., a tantos de tantos de dos mil y tantos, amanecía de conformidad con la época del año de autos, modificada parcialmente por*

unas brumas ligeras aunque persistentes. Y siendo el Primer considerando que llegadas las 6 horas 5 minutos del día de autos, el frío era notable. Y siendo el Segundo considerando que el interfecto se despertó en el lecho. Otro-sí: el domicilio se hallaba en silencio, de acuerdo con la providencia dictada por la cónyuge del interfecto para esas horas tempranas... Que sí, que me lo veo venir. Con la venia.

Dentro de unos meses, Juanan y Marian habrán unido roperos y cepillos de dientes, guitarra y Código de derecho civil. Compartirán paredes y, consiguientemente, el impuesto de bienes inmuebles; las tasas de recogida de basuras, suministro de agua y luz; y el impuesto sobre la renta de las personas físicas que, aunque lo hagan por separado y les salga "a devolver", en realidad: a) sale del mismo único bolsillo, y b) siempre hay que pagar, diga lo que diga el Sr. Montoro. Dentro de unos meses, yo les habré regalado una cazuela para cocinar al vapor y ellos a mí, ¡que conste en acta!, una tarta de manzana. Dentro de unos meses, estos pipiolos ya sabrán mucho sobre esa asignatura maldita que es la convivencia, eso que los franceses, como de costumbre más certeros, llaman cohabitación, pero que, en definitiva, se le llame como se le llame, no es más que un cuerpo a cuerpo con los días y con el otro. Ésta es la cruda verdad.

Los miro, y me deslumbra esta prometedora sociedad limitada que ellos conforman. La afortunada reunión de sus cuerpos, enseres e impuestos estatales y municipales me pone melancólica y, a la vez, qué horror, soñadora. Ya ven qué contrastes brutales nos aquejan a los ciudadanos del cuarto menguante. Porque les aseguro que Juanan y Marian incitan a pensar en las cosas que se han tenido y que luego, por unas causas u otras, se perdieron. Incluso nos incitan a pensar en las que se podrían recuperar si no fuera por esta abulia maldita que imprimen los años. Su amor, viva lo que viva, será espléndido. Siempre los son esos amores que, en público, se muestran entreverados de cálidas miradas, de cómplices sonrisas, de manos que se rozan apresuradamente. Creen que no nos damos cuenta, tan ensimismados como están en su pretendida clandestinidad afectuosa. Pero ya lo creo que nos damos cuenta. ¿Cómo no hacerlo si es un alboroto toda esa fragancia que se desprende de sus pieles? Por cierto, cuando

se conocieron, a Juanan se le abrió una herida en flor (sic) en el corazón, y estoy segura de que se la hurga cada día para que no sane nunca. ¡Pues menudo es él!

Juanan y Marian son mis amigos. Y aunque nos separan muchos años, que es como decir mucho camino porque ya mi vida empieza a transitar por valles descendentes, si elevo la mirada los encuentro con facilidad en la distancia, nítidos y ciertos, allá arriba, en la distancia. Así ha sido hasta ahora, pero cuando este artículo salga a la luz, otra distancia se habrá abierto entre nosotros. Geográfica distancia, sí. Distancia que salvan trenes y autobuses, sí, claro que sí, pero distancia peligrosa donde las haya, porque, al final, los mapas son a la vida lo que el libro de pérdidas y ganancias es a la contabilidad. Con el agravante de que, en este símil contable, la cartografía suele arrojar frecuentemente saldo perdedor. Una vez, hace mucho tiempo, creo que allá por mi cámbica adolescencia, leí unos versos de José-María Gabriel y Galán, y en esta hora, a propósito de distancias, irrumpen en mi cabeza como fantasmas alarmadísimos

...Cuando tiendas tu vista por las cumbres de esas sombrías y gigantescas sierras que estas tierras separan de esas tierras, acuérdate de mí; que yo también, cuando los ojos fijo en esas altas moles silenciosas, me paro a meditar en muchas cosas... ¡Y a recordarte a ti!

Sereno a mis fantasmas. Les digo, me digo, que Juanan y Marian son de esa estirpe de amigos que no reparan en gastos. Que me recordarán. Que su mirada quedará tendida, con carácter vitalicio, por las cumbres que haga falta. Que sus tierras seguirán siendo las mías y que haré tuyas estas otras. Que, de esta manera, el camino físico sólo se habrá hecho más ancho, que no más largo y aislado. Una especie de usufructo compartido, ¿no es así? Pues eso, que el saldo será ganancia a fin de cuentas. Estoy segura.